

mente, arruinando al mismo tiempo la envoltura y el alma, operas grado por grado la obra de la destrucción en la naturaleza floreciente, destrozas todo con un arte cruel antes de asestar el último golpe al corazón, y una vejez de centenaria marcas en los rostros de veinte años. Mas otras veces, y cuando te sirves, ¡oh Clemente! de tus flechas más suaves, no haces más que debilitar, disminuir insensiblemente el aliento, conservando á los rasgos toda su armonía y á la frente todo su puro contorno, y cuando le das el beso glacial parece una última corona. — ¡Oh, muerte, cuántas formas diversas tienes, tantas casi como el amor!

Al día siguiente Hervé se llevó á la madre al castillo de su familia, en donde la rodearon todos los miramientos y por su parte un cariño filial. Esto no duró mucho tiempo, pues al final del otoño fué á unirse con su hija, el único tesoro que había perdido bajo las primeras hojas caídas de los árboles del cementerio.

¿Y qué fué de Hervé? ¡Oh esto importa menos! Aun los más sensibles ¡tienen siempre recursos y tantas sucesivas juventudes! Volvió al mundo, las pasiones políticas le distrajeran, acaso también tuvo otras pasiones. Sea lo que sea lo que haga, se acuerda eternamente al menos, de aquel divino dolor de la muchacha, y en sus buenos y graves momentos, bajo esa nieve que la edad puso en su cabeza, hace el refugio secreto de sus más puras tristezas, y la fuente más segura de lo que le resta de inspiraciones desinteresadas.

« ¡Qué verdad es! — dijo una mujer joven y bella que había escuchado en silencio esta historia — ¡oh hombres, cuántas existencias como estas os son precisas para formar un recuerdo! »

15 Noviembre 1839.

## LAS FLORES

APÓLOGO

Una tarde de Otoño, en un castillo por el que pasó Voltaire (1) dos ó tres mujeres jóvenes y muy espirituales, hablaban de metafísica, espiritualismo puro y estaban de acuerdo en que el alma no es solamente una cosa aparte, sino que lo es todo. Al día siguiente alguien que las había escuchado escribió:

Había una vez una bella exposición de flores en la Naranjería del Luxemburgo, la más bella que se había visto hacia mucho tiempo. Querría poder decirlos los nombres y, sobre todo, los matices de estos admirables productos en los que el arte del jardinero se había excedido á sí mismo, pues eran flores compuestas y no sencillas, y habrían hecho falta sabias continuaciones y afortunados caprichos para obtener aquellas variaciones tan escogidas. No siendo Madama Sand, no las describiré, ni siquiera las nombraré por temor á una grosera confusión. Lo único que sé decir es que eran flores raras, de calidad, de noble porte, vivas ó suaves de color, exquisitas de perfume. Una tarde, en que el público se hubo retirado, que los últimos y moribundos rayos de sol alumbraban la *serre*, que los cálices que se abrían al día no se habían cerrado y que los que esperan la noche para abrirse comenzaban á separar sus hojas, en esta hora encantadora, las más nobles de las flores se acercaron unas de otras, y haciendo un grupo en un rincón del invernadero, se

(1) El castillo de Maisons.

pusieron á soñar, á emborracharse con sus perfumes y á hablar entre ellas en el lenguaje de las flores. Aunque yo no soy ruiñeñor, las oí, pero no sabré traducirlo bien. Ensayemos, no obstante y balbu-ceemos.

Se decían que su destino era bello, que su papel era único entre todas las criaturas, que no hay nada parecido á una flor, sobre todo, flor de perfume. Este perfume era lo que más las interesaba, y bien pronto, como si se le hubiese subido á la cabeza, no hicieron más que contarse las delicadezas más sutiles y más finas. — Yo, decía una, estoy persuadida de que el perfume es una cosa que nos concedieron con intención elevada para embellecer y animar á la flor. Sin perfume, una flor, no vive, no es más que una hierba de más ó menos vivos colores; sólo el perfume le da alma y hace que respire de la misma vida de las esencias celestes.

— ¿Y cómo no sería, — dijo una que exhalaba un delicioso olor de vainilla (la primera tenía un olor que recordaba al de la flor de te), — ¿cómo no sería así? Yo no veo nada en lo que forma la corteza, el tallo ó las raíces, — las viles raíces, si es permitido nombrarlas, — yo no veo nada en esta envoltura nuestra que esté en relación con el perfume. Esto es una cosa aparte, ligera, sagrada y ¿qué efecto no produce? Ayer, yo estaba todavía en casa de Olivia, adornaba su gabinete, estaba sola, y no había otra flor con quien compartiese este favor tan envidiado. Ella entró pensativa, se sentó y me olió. Sus ojos se animaron poco á poco, una nube voluptuosa se posó en sus párpados, una turbación nacida de un recuerdo agitó su pecho, las lágrimas brotaron y siguió un ensueño que duró una hora. No, el perfume, si no fuese una cosa celeste no produciría estos efectos.

— Y yo, — dijo otra (una flor coqueta que olía á musgo) ¿qué no podré deciros? ¿No he tenido yo esos milagros también? Estaba en casa de Cordelia, pero estaba sin que ella lo supiese. Una de sus mujeres

me había colocado tras de una cortina y aunque yo soy bella no se me veía. Cordelia entró y apenas se había sentado se apoderó de ella como una languidez. Suspiraba ligeramente, y luego oí gritos ahogados, y vi que era presa de movimientos convulsivos y rápidos. Entraron : « ¿Qué es esto? — dijo cuando pudo hablar. — Aquí hay algo, una flor, ¡buscad! » — Era yo, invisible y oculta, y mi perfume á distancia producía estas maravillas. Si no fuéramos más que una raíz ó una corola brillante, ¿podríamos alabarnos de tales misterios?

— Pero hermanas mías — se atrevió á decir otra que no estaba sin perfume, — ¿no sería porque estamos ociosas y en invernadero por lo que hablamos tanto de nuestra fina energía? Yo he sido, me acuerdo bien, y durante muchas primaveras, una flor sencilla del campo. Allí había flores menos bellas que vosotras, hermanas mías, flores, sin embargo, que lanzaban sus perfumes á los vientos, á las brisas del desierto y algunas veces á los grupos alegres que pasaban. Vi hasta animales salvajes (no os escandalicéis), estremecerse tanto como Cordelia por un perfume y revolcarse con placer sobre las flores ingenuas que los embriagaban. Ellas no razonaban, vivían, no se creían de otra naturaleza que las otras hierbas vecinas menos favorecidas. Y aquellas hierbas cuando se las estrujaba bien, tenían, os lo aseguro, su perfume también, no siempre agradable, es cierto, pero al fin perenne. Hermanas mías, todo esto en la inmensidad de las praderas y de los bosques, nacía, vivía, moría, se renovaba sin cesar, todo esto se encadenaba sin decirselo, y por una especie de armonía que se bastaba á sí sola.

— Además, había allí cerca, no en la *serre* ni á título de flor rara (era digno de ello), sino en la ventana, un tallo de reseda que crecía en una grieta del muro. Escuchaba encantado la conversación de las flores y cuando habló la última, murmuró de manera á ser oído : « Sí, hermanas mías (pues lo sois en perfume),

sí el perfume es la gloria y el orgullo de las flores,  
 ¡ Mas que este orgullo no vaya hasta quererle separar  
 del resto ! Gocemos, démosle sobre todo con delicia,  
 y, cuando le hayamos exhalado, sepamos que todavía  
 renacerá para otras, pues la naturaleza es grande, y  
 su perfume, nacido en cada repliegue, es universal. »

## MARÍA

.....In comptum Lacæmæ  
 More comas religata nodum.

*A M. de Lurde*

Sur un front de quinze ans la chevelure est belle,  
 Elle est de l'arbre en fleur la grâce naturelle,  
 Le luxe du printemps et son premier amour :  
 Le sourire la suit et voltige alentour;  
 La mère en est heureuse, et dans sa chaste joie  
 Seule en sait les trésors et seule les déploie;  
 Les cœurs des jeunes gens, en passant remués,  
 Sont pris aux frais bandeaux déceimment renoués;  
 Y poser une fleur est la gloire suprême :  
 Qui la pose une fois la détache lui-même.

Même aux jeunes garçons, sous l'airain des combats,  
 La boucle à flots tombants, certes, ne messied pas :  
 Qu'Euphorbe si charmant, la tête renversée,  
 Boive aux murs d'Illion la sanglante rosée,  
 C'est un jeune olivier au feuillage léger,  
 Qui, tendrement nourri dans l'enclos d'un verger,  
 N'a connu que vents frais et source qui s'épanche,  
 Et, tout blanc, s'est couvert de fleurs à chaque branche  
 Mais d'un coup furieux l'ouragan l'a détruit :  
 Il jonche au loin la terre, et la pitié le suit.

Quand une vierge est morte, en ce pays de Grèce,  
 Autour de son tombeau j'aperçois mainte tresse,